

**Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón
Milán, 16 diciembre 2015**

Texto de referencia: L. Giussani, *Reconocer a Cristo*, en J. Carrón, UNA PRESENCIA EN LA MIRADA, *supl. de Huellas-Litterae communionis*, junio 2015, pp. 63-75.

- *Come hai fatto*
- *Di più*

Gloria

¿Qué es lo que nos permite reconocer al Señor en las cosas que suceden ante nuestros ojos? ¿Qué es lo que nos permite decir «qué día tan bonito he pasado contigo [...] Un Amigo sincero ha venido por nosotros» («Di più», letra y música de C. Chieffo)? ¿Qué puede hacer que reconozcamos su voz entre muchas voces, sus palabras entre muchas palabras? ¿Qué permite ese silencio? ¿Qué hace que la vida no termine nunca?

Quería pedirte que expliques mejor qué quiere decir que «reconocer a Cristo es un trabajo», como repetiste en los Ejercicios en Rímini. Me pasa con frecuencia que vivo los días transportada por la emoción, sin plantearme ninguna pregunta en especial. Pero, en el momento en que cambian las circunstancias, me derrumbo enseguida. Suceden hechos excepcionales e inmediatamente me salta el corazón en el pecho y pide vivir, no solo existir. En momentos así, por ejemplo, vuelvo a leer el texto de la Escuela de comunidad, pero luego ese momento pasa y arrincono de nuevo la Escuela de comunidad, la olvido lentamente, es más, pensar en que tengo que leerla se convierte en una imposición moral. No entiendo por qué no consigo ser fiel a este trabajo. No puede ser un deber. Cuando nos decimos que tenemos que empezar un trabajo, me siento enseguida obligada por otra imposición moral. No entiendo por qué no se produce en mí un cambio. ¿Acaso el problema es que lo que sucede es demasiado poco incidente para mí, o el problema lo tengo yo? ¿Puede una persona ser incapaz de sorprenderse? ¿Puede mi libertad ser tan perezosa como para no conseguir ir más allá de la simple emoción? Y si así fuese, ¿cómo puedo cambiar? Necesito plantear estas preguntas a alguien que me pueda responder, porque me doy cuenta de que así no voy a ninguna parte, y podría estar toda la vida en el movimiento y no crecer, y estar siempre a merced de las olas.

Es un gran problema, como dices tú. Porque no es que no sucedan cosas, pero si lo que sucede es solo una emoción, decae después de algún tiempo. Y entonces, como intuyes con fuerza, queda solo un esfuerzo moral que ya sabemos hasta dónde puede llegar. ¿Es problema del acontecimiento o problema mío? ¿O quizá de ambos? Porque si uno no crece, no Le puede reconocer. Es algo que debemos considerar porque, como dice Giussani, «reconocer la presencia de Cristo es un trabajo en el sentido literal del término [para que no haya equívocos]». Con frecuencia concebimos el acontecimiento como una evidencia tan potente, tan evidente que no sería necesario un movimiento de nuestra libertad para reconocerlo. Para nosotros –lo hemos dicho muchas veces en estos años, pero la cosa se repite– acontecimiento y trabajo son algo casi contrapuesto, y en cuanto

se necesita hacer algo pensamos que se trata de moralismo. Pero, amiga, cuando te enamoras de alguien, ¿te gustaría volver a verle al día siguiente? ¿Esto es moralismo? ¿Es una imposición moral, o bien es el reconocimiento de lo que te ha sucedido, que no ha sido simplemente un impacto sentimental? Esto es lo que nos cuesta muchas veces. Sigue don Giussani: el reconocimiento «consiste en *tomar continuamente la iniciativa* para recuperar el valor que este acontecimiento tiene para nuestra existencia». No acaba todo con el acontecimiento. Es necesario «*tomar continuamente la iniciativa* para recuperar el valor que este acontecimiento tiene para nuestra existencia». Imaginad que Juan y Andrés no hubiesen hecho esto, no hubiesen secundado el ímpetu con el que se habían levantado esa mañana, es decir, con el deseo de volver a ver a Jesús. Sucede lo mismo con cualquier acontecimiento. Si hemos prestado atención a la canción con la que hemos empezado, ¿qué provoca un acontecimiento? Transforma «el tiempo en una espera», decía Modugno cantado por Mina. Espera, ¿de qué? Espera «de volverte a ver», es decir, una espera que no nos deja bloqueados. De ahí nace el movernos, no de un esfuerzo moralista. De una actitud –en este sentido sí que es moral–, del deseo de no perder todo lo bonito que nos ha sucedido. Por eso dice Giussani: «Es un trabajo extraño, ya que exige el compromiso de una reanudación continua: “*continua*” porque *Su presencia es gratuita*, no la creamos nosotros [no la producimos nosotros], es un acontecimiento que sucede y que pide ser reconocido sin descanso. Nosotros normalmente, en vez de reconocer la presencia de Cristo, nos hacemos imágenes de cómo debería ser, imágenes que acaban inexorablemente siendo superadas y destruidas. Por eso, los que se cansan porque no entienden como quisieran, terminan marchándose [nos conviene entender, ¡porque si alguien no entiende se termina yendo!]; en cambio, quien sigue cambia, y para él todo se transfigura. El trabajo que hemos indicado –reconocer la presencia de Cristo– *es una inteligencia de la belleza* [¡todo menos moralismo!], *no una inteligencia de nuestro proyecto*. La belleza es la fascinación de la verdad, y la verdad, que es Cristo, nos supera continuamente. Por tanto, la inteligencia de la belleza es abierta por naturaleza, tiende a afirmar “algo más grande” que nosotros, que nos arranca continuamente de nuestras imágenes. Por lo demás, no hay nada más desilusionante y devastador que un proyecto propio que uno se empeña en realizar. La vocación de la vida es una sola: estar [disponibles] [...], no organizarnos [como queremos] o querer poseer. La verdad que poseemos es Algo distinto, que nos arranca de la imagen fija que buscamos [...], pidiendo nuestra adhesión en la disponibilidad a un camino siempre nuevo», (L. Giussani, *Un avvenimento di vita, cioè una storia*, EDIT-Il Sabato, Roma 1993, pp. 162-163). Y la disponibilidad a este camino es lo que confirma la naturaleza de lo que nos ha sucedido, porque si conoces a alguien que es igual que los demás, que no despierta en ti el deseo de hacer un camino, que no despierta en ti una espera, ya está dicho todo. El problema no es que tú tengas que hacer algo ahora por moralismo, ¡sino que no tienes una razón adecuada para actuar! Porque en el fondo no es tan valioso como para que te resulte interesante poner todo de ti para buscarle a Él de nuevo. Por eso no se trata de una imposición, sino de un afecto que nace de un juicio, del reconocimiento del valor que tiene para ti lo que te ha sucedido. Por eso, cuando después de algún tiempo desaparece la emoción, tienes que preguntarte: ¿qué es lo que me ha sucedido? ¿Ha sido solo una emoción o ha sido algo realmente

verdadero, que me hace estar más apegada ahora que hace un día, y por eso le busco de nuevo, asumo de nuevo la iniciativa para reconocerle? Las cosas que suceden a veces inmediatamente después de habernos encontrado con algo excepcional, nos ayudan a darnos cuenta del tipo de trabajo del que se trata.

Los Ejercicios de universitarios en Rímini hace diez días han sido mi primera experiencia con el movimiento. Fui invitada por algunas amigas y llegué allí sin la más mínima idea de lo que pasaría, y nunca habría podido imaginar lo que sucedió realmente. Desde el viernes por la noche, desde su introducción, me vi tocada por sus palabras, me conmoví, porque considero muy verdaderas las palabras que dijo. Verdaderas para mi corazón, porque para mí ha sido como despertar de un estado de sopor, como si alguien estuviese haciendo evidente para mi corazón algo que había tratado siempre de alejar. De hecho, como decía usted, a menudo corremos el riesgo de caer en el aburrimiento, en la resignación, en esa nostalgia que esperamos que desaparezca pero que de hecho vuelve a aparecer. Siento el deseo de tomar mi vida en mis manos de forma distinta, de vivir más intensamente.

¿Lo veis? El hecho que sucede hace que tomemos la vida en nuestras manos.

Sí, porque desde que empecé la universidad he vivido una vida llena, pero siempre faltaba algo que diese sentido y uniese todo lo que hacía, porque todo corría el riesgo de caer en lo insípido, en el "sinsentido". Después de haber escuchado lo que se decía en esos tres días, ha caído un muro dentro de mí. Y me he dado cuenta de esto los días posteriores, también por una completa apertura mía con relación a las personas que me habían invitado, con los amigos con los que con los que he conseguido abrirme y sacar a la luz mis debilidades, mis fragilidades, algo que para mí siempre había sido muy difícil. He visto algo estupendo en todo lo que estaba sucediendo, y he sentido que estaba en el lugar adecuado, con las personas adecuadas. Habría querido prolongar esta experiencia, pero al mismo tiempo me moría de ganas de volver a casa para contar a mis personas queridas, a mi familia, a mi novio todo lo que había sucedido. En este sentido, he encontrado en los míos una gran apertura, han apreciado mi gran felicidad; cosa que al principio no he encontrado en mi novio, que me ha dicho que desde que me conocía nunca me había visto tan feliz, y no ha aceptado esta felicidad porque él no formaba parte de ella. Me he dado cuenta, al volver a la normalidad, que es difícil hacer comprender a estas personas cercanas lo que estaba viviendo. He conseguido, estoy consiguiendo tratar de hacer evidente que se está produciendo en mí un cambio. Me he dado cuenta de que utilizo mi tiempo de forma distinta, de que miro las cosas con una mirada un poco distinta, y estoy segura de que esta experiencia no terminará. Frente a la pregunta de si es solo una sensación o algo emotivo, puedo responder con firmeza y certeza que lo que he experimentado es real y verdadero. Han surgido deseos y necesidades, y un sentimiento de fe que siento como míos. En estos días he empezado a leer El sentido religioso de Giussani. Me han impresionado especialmente dos frases, que os leo: «Yo investigo para saber algo, no para pensarlo». Y un poco más adelante: «El hombre sano quiere saber cómo son los hechos: solo sabiendo cómo son, y solo entonces, puede también pensarlos». Creo que esta frase describe perfectamente mi situación de búsqueda, en cierto modo, por no conformarme con un pensamiento ya

construido. Además, encuentro perfecta la comparación con la «experiencia elemental»: cuando algo corresponde, es verdadero y me puedo fiar. Solo quería añadir que me siento distinta. Me ha gustado mucho la expresión «soy la misma, pero soy otra». Lo he podido constatar también estos días yendo con mis amigos, a los que quiero mucho, mis amigos de otra realidad, digamos, pero me he dado cuenta al mismo tiempo de que ciertos sábados pasados de cierta manera ya no me satisfacen, no me dan eso que he encontrado en otras amistades que me hacen más verdadera, y quiero que esto perdure.

Gracias. Como podéis ver, ¿en qué consiste este trabajo del que hablábamos antes? En que después de haber vivido una experiencia así –por la que una persona ha experimentado una plenitud en su día a día, ha percibido una novedad experimentable–, enseguida, ante la reacción de los unos (que son abiertos) o de los otros (que no comprenden), empieza a preguntarse: ¿ha sido algo emotivo o ha sido realidad? No es que sienta el deber de hacerlo, no, es que la vida no me ahorra el trabajo porque ante las objeciones de los demás, que pueden a veces encontrar una cierta connivencia en nosotros, debo darme razones a mí mismo de lo que me ha sucedido. Y ahí empieza el recorrido. Por eso uno se siente motivado, porque empieza la lucha por este reconocimiento. ¡No es en absoluto algo automático y mecánico! Y no es así solo ahora, en el periodo del desmoronamiento de las evidencias. Es lo que le sucedió, tal cual, al ciego de nacimiento: nada más ser curado, tiene que empezar a luchar contra todo y contra todos, debe tomar la iniciativa delante de los demás y de sí mismo para reconocer lo que le ha sucedido. ¿Esto es por un moralismo o es –como dices perfectamente, porque ya lees *El sentido religioso* con esta inteligencia– por el deseo de saber? El hombre sano quiere saber cómo es un hecho; al saber cómo es, entonces puede pensarlo. Conoce cada vez más. Y por eso con la pregunta que tienes, al leer *El sentido religioso* percibes mejor lo que necesitas para responder. ¡Y te percatas de la experiencia elemental («esto me corresponde») la primera vez que lo lees! Así es como sucede constantemente este reconocimiento en la vida. Pero nosotros queremos que este reconocimiento pueda ser constante, y a veces nos desilusiona que no sea tan constante como deseábamos.

Soy padre de cinco hijos. Soy ingeniero, trabajo varias horas durante el día, en este periodo bastantes horas. En efecto, estas son las circunstancias, y me digo: si estas son las circunstancias, quiero ir hasta el fondo y ver si allí está la Presencia; estoy contento de trabajar y de vivir de esta forma. Naturalmente, para estar delante de esta Presencia se necesita un trabajo, como se ha dicho, y por ello voy a la Escuela de comunidad, tengo algunos amigos que me despiertan, que me motivan y que me permiten volver a ver esta Presencia. Sin embargo, hay días en los que entro en un túnel y me parece que pierdo el tiempo: las cosas que tengo que hacer, el plazo para entregar los trabajos, el teléfono que suena constantemente... Además estoy un poco estresado, estoy ansioso, me gusta hacer bien las cosas, pero entiendo también que hay momentos en los que pierdo el tiempo. Mi mujer y mis hijos me reclaman a esa Presencia. A pesar de todo ello, me olvido y entro en un túnel, y por eso hay días en que no hay libro ni persona que me puedan despertar de este olvido. En un momento de malestar, mientras estaba

en el trabajo un lunes por la mañana te escribí: ¿cómo hacer para no olvidar, para mantener constantemente la mirada en la Presencia que da significado a todo? Te lo vuelvo a preguntar.

En tu opinión, ¿qué podemos hacer? Muchas veces nos hacemos una imagen de cómo debería ser –lo decía antes Giussani–, y pensamos que este reconocimiento tiene que ser totalmente constante. Al principio de la mañana uno puede reconocer Su presencia, cuando abre los ojos o recita el *Ángelus*, y luego puede pasar todo el día casi olvidándose de esto. Hace años Giussani ya había afrontado esta cuestión. ¿Es posible vivir una relación constante con esta Presencia? ¿Es posible, por usar tus palabras, «mantener constantemente la mirada en la Presencia que da significado a todo»? Mantener esta mirada constante es lo que llamamos «memoria». En *Si può (veramente!) vivere così?* Giussani dice: «Memoria no significa que en cada acción uno piense en Él; tampoco es necesario que sea así. Es necesario [para empezar], que tú *ames* esto. Por eso se entiende [hace esta digresión] por qué el *sí* de Pedro es el origen de la moral: el *sí* de san Pedro, no el análisis del cómo y del cuándo, o de las leyes que se han respetado o no. La moral es el *sí* de san Pedro, que es un amor expresado [introducir el *sí* de Pedro en el Año Santo de la misericordia quizá no sea descabellado, y es una ocasión para comprender mejor]. [...] Por eso no es necesario que tú lo pienses en cada acción, sino que desees esta memoria, que desees la conciencia de esta Presencia, que ames la conciencia de esta Presencia». A nosotros esto nos parece poco, el *sí* de Pedro nos parece demasiado frágil. Nadie diría que este es el origen de la moral. Pensemos: ¿qué origen puede ser, si al cabo de poco tiempo decae? O cuando alguien dice: «¿Cuándo vuelves?», no nos creemos que este sea el origen de algo nuevo. ¡No nos damos cuenta del valor que don Giussani atribuye a estas cosas! «Pero la primera respuesta [...] es que esta memoria [que no quiere decir acordarse a todas horas] debe ser vivida como afirmación de simpatía por Dios, de simpatía por Jesús: el *sí* de san Pedro. Incluso si de mil acciones te equivocas en novecientas noventa y nueve [no sé si has batido semejante récord] –en el sentido de que al menos en novecientas noventa y nueve sobre mil prima la distracción; pero no solo esto, sino que son contradictorias: hacen daño–, el Señor, después del error número novecientos noventa y nueve, te diría: “Basta con que desees mi presencia, con que desees tener conciencia de mi presencia. Si lo desees, si con dolor lo desees, pídemelo. Pero no en el sentido de que antes de cada acción tienes que pararte y pedírmelo; cuando te detienes y –¡en el fondo por mi gracia!– piensas en mí, esa vez o dos al día en que te resulta más fácil que suceda esto, pídemelo que suceda cada vez más esa memoria, que se desarrolle”. Cuanto más trates de ejercitar esa memoria –ayer fueron dos veces, en la comunión y antes de acostarte; hoy lo has pensado cuatro veces... no importa el número [que es una medida sofocante], importa el valor tendencial de la cuestión–, cuanto más trates de pensarlo, cuanto más pidas pensarlo, tanto más es como si tu terreno se alzase, se elevase, se hiciese más rico. [...] Con el tiempo [según un designio que no conocemos], es decir, [...] cuanto más densidad cobre la repetición de los actos, tanto más habituales llegarán a ser» (*Si può (veramente!) vivere così?*, BUR, Milán 2011, pp. 430, 432-433). Pero, ¿creemos todavía en este método, o Jesús se ha equivocado completamente al fiarse del *sí* de Pedro, al apoyar todo sobre el *sí* de Pedro? ¿Acaso se ha equivocado todavía más Giussani por haberlo

seguido? ¿Os dais cuenta de que el desafío es cada vez más radical? Cada uno debe mirar en su experiencia qué es lo que le hace moverse. Porque el acontecimiento es lo único que nos mueve. Aunque suceda una vez al día en medio de todas las distracciones, debes empezar por secundar esto, asombrado, totalmente asombrado, no por las novecientas noventa y nueve veces en que te has olvidado de Él (¿qué misterio es que tu fragilidad sea frágil?), sino de esa única vez en que has sido arrancado de la distracción. Empezarás a asombrarte de esa ocasión, empezarás a desearla y te olvidarás de las matemáticas. Y cuando no seas capaz porque estás enfadado o porque pierdes el tiempo, empezarás a buscarle de nuevo lleno de agradecimiento. ¿Por qué? Porque el darse cuenta de que falta algo es ya una gracia que vuelve a suceder.

He vuelto de los Ejercicios de los universitarios un poco perdido. Normalmente volvía contento y alegre. En cambio, este año he vuelto un poco enfadado, porque has repetido otra vez que el método para no perder la gracia de esos tres días es seguir. ¡Otra vez seguir! Después de todos estos años en el movimiento, otra vez tengo que escuchar: seguir, seguir. Estoy pasando por un momento en que me cuestan muchas cosas, sobre todo en el estudio, y digo: pero ¿a dónde me está llevando este seguir? Estaba un poco torcido, sin embargo...

Todos sabemos qué connotación tiene en tus palabras este seguir.

Exacto, pero no ha hecho falta mucho.

¡Ha hecho falta poco, en verdad!

Ya desde la vuelta en autobús con mis amigos, mientras cantábamos, y después al volver a la universidad, retomando tímidamente el estudio, volviendo a ponerme un poco en juego, veía que toda mi objeción había sido barrida, porque había entendido de verdad que necesito...

¡Entonces seguir no era tan complicado!

No ha hecho falta mucho. Me acordaba de esta frase: «Notam faciet gloriam nomini Sui in laetitia cordis vestri» (dará a conocer la gloria de Su nombre en la alegría de vuestros corazones). Yo necesito esto de verdad, porque estar con estos amigos, estar de este modo me cambia. Y necesito de verdad arrodillarme cada día delante del Pan y del Vino, porque esta realidad está encarnada, y si se la trata con la debida consideración, te responde, no se necesita mucho. Después de esta premisa, llego a la pregunta. Me he quedado impresionado por el vídeo de Giussani, sobre todo cuando dice que el trabajo puede y debe llegar a ser obediencia. Entonces, ¿cómo puedo hacer para que este trabajo sea aún más obediencia? Una vez que has reconocido la carnalidad de Cristo en las cosas, ¿cómo seguirle en lo cotidiano? Porque después de los Ejercicios es fácil. No puedo necesitar siempre un hecho excepcional, porque lo que necesito de verdad es crecer y seguir siempre.

Intentemos seguir la experiencia. Cuando has reconocido esta carnalidad, ¿qué ha sucedido?

Que cuando iba detrás de Él la rabia desaparecía.

En el correo que me has enviado dices: «En un momento dado he comprendido la belleza del seguimiento».

Yo siempre reduzco el seguimiento a lo que...

¡Perfecto! Es una reducción moralista del seguimiento. Pero, ¿por qué lo reduces así? Porque te separas de la experiencia que estás haciendo (al cantar en el autobús, cuando estudias en la universidad, etc.). O el cristianismo es un acontecimiento presente, que yo reconozco y que me arrastra constantemente a una experiencia bella del seguimiento, o no existe. Y si no existe, te cansarás. Entonces, hacer del trabajo obediencia es, usando tus palabras, comprender «la belleza del seguimiento». Punto. Si separáis la experiencia que hacéis de las palabras que usáis, entonces las palabras usadas adquieren un significado distinto del auténtico. Hacer del trabajo obediencia quiere decir que tú obedeces al modo con el que el Misterio te atrae ahora. Y si tú obedeces al modo con el que el Misterio te atrae ahora, la experiencia que haces es preciosa, y no deseas otra cosa. Y esto puede suceder en el gesto imponente de los Ejercicios o en un gesto tan sencillo como cantar en el autobús, ante un gesto gratuito, o viendo cosas que suceden ante nosotros y que nos llenan de asombro. Y entonces basta con seguir lo que Él sigue haciendo ante nuestros ojos.

Pero, ¿qué hace falta para ver todo esto? De hecho, muchas veces estas cosas no las vemos ni en pintura.

Antes de los Ejercicios de la semana pasada me invadía un sentimiento grande de insatisfacción, sentía un vacío en mi vida que me empujaba a pedir, a preguntar qué era esta ausencia que generaba en mí este vacío, y cómo se podía ser feliz. Sin embargo, me daba cuenta de que, incluso atormentado por las preguntas, por tomarme a mí mismo en serio (incluso en las cosas más banales), preguntar era necesario para responder a ese sentimiento de vacío. Es verdad que preguntarse sobre todas las cosas cuesta, pero a medida que caminaba comprendía que no podía dejar esa pregunta, porque en caso contrario todo parecía carecer de sentido. Por eso, al llegar a los Ejercicios, tu introducción ya estaba hablando de mí, de mi problema urgente, de mis preguntas, como si ya supieses todo. A la mañana siguiente, durante el vídeo, que fue conmovedor, surgió en mí un sentimiento enorme de rabia, porque en un momento dado Giussani, al hablar de distintas circunstancias negativas como la enfermedad, decía que Cristo actúa también a través de esas circunstancias porque sigue el designio de Otro. La vida es vocación: significa cumplir algo que Dios determina para cada uno de nosotros a través de las circunstancias. A mí esto no me bastaba. Estaba tan insatisfecho que después de la comida recibí una llamada de mi madre para darme el resultado de la resonancia que se había hecho, por la que parecía que su enfermedad parecía estabilizada, que no había nuevas lesiones. Ella me lo contaba con mucha alegría, pero yo no conseguía tener una pizca de felicidad, no conseguía estar contento, ni siquiera por ella. Solo estaba enfadado, no era feliz, y no habría estado contento en ese momento aunque me hubiera dicho que su enfermedad había desaparecido para siempre. Esto me hizo enloquecer, experimentaba un gran disgusto hacia mí mismo. Sin embargo, he vuelto de los Ejercicios consciente de que un hecho se había hecho presente entre nosotros y de que esta compañía era estrictamente necesaria para mí...

¿Por qué? Sigue contando. Es para preparar a los que te escuchan, para que estén atentísimos.

Necesaria porque me hace abrir los ojos.

¡Porque te hace abrir los ojos!

Cristo y el movimiento empiezan a tener cada vez más incidencia en mi vida. Pero esa respuesta que el Gius daba no me resulta todavía clara. Por eso te pregunto: ¿cómo se puede llegar a tener esa certeza con la que responder a cualquier dolor o desgracia, como hizo Giussani? ¿Cómo se puede tener una certeza tal que incluso cuando Su designio parece totalmente negativo para ti, consigues afrontarlo de esa manera?

¿Alguien quiere responder?

Quería contar un hecho muy sencillo que me ha ocurrido con la madre de un compañero de guardería de mi hijo. Antes del verano habíamos quedado con las familias de la clase de mi hijo para tomar una pizza como despedida del curso. Esta madre es una mujer de una pieza, directiva de una industria, y hablábamos sobre los planes que haríamos en verano. Sin pensar demasiado en lo que decía, le conté que ese verano iríamos a la playa con los hermanos y los padres de mi marido para que, en el caso de que no me encontrara bien, no estuviéramos solos. Ella me preguntó: «Pero, ¿por qué tendrías que estar mal?». Ella no sabía que me habían diagnosticado una enfermedad que me hace a veces no encontrarme físicamente bien. Después de explicárselo me miró con los ojos como platos y me preguntó: «Perdona, pero, ¿cómo haces para tener esa cara estupenda? ¿Por qué no estás desesperada? ¿Cómo puedes ocuparte de tus hijos pequeños con tanta serenidad? Yo ya no podría vivir». Y entonces se puso a llorar, contándome que se había muerto un sobrino suyo, y que desde ese día no se había repuesto, y que todo se había convertido en peso y angustia. Insistía mucho con las preguntas, estaba verdaderamente impresionada de mi cara, y yo no estaba haciendo nada excepcional. Me había visto solo en las cosas normales, comiendo una pizza y cuidando a mis hijos. Le respondí que no estaba desesperada, sino cierta de que lo que me sucede no puede ser una tomadura de pelo porque me he encontrado con Jesús, y Él nunca me ha engañado, es más, me ha conducido, a través de algunos hechos y con la compañía de algunas personas, a ser consciente de Él en todo. Es Jesús el que me ha concedido la gracia de la fe, pero es un camino. Le dije que pertenecía a Comunión y Liberación, que es el lugar en el que se me educa para profundizar en mi relación con Él. Es Jesús el que plasma de tal modo el corazón del hombre que me da alegría incluso en la dificultad más inimaginable. Entonces no pude sino invitarla a venir conmigo a donde yo soy educada en una mirada así, y la invité a la Jornada de apertura de curso. Después no vino, me escribió que no podía dejar de pensar en mi cara cada día, pero que no se sentía capaz de empezar todavía este camino, quizá algún día. Le respondí que en cualquier caso teníamos que quedar pronto, y le dije que no podía ahogar esa herida del corazón. Hace pocos días celebramos el cumpleaños de otro de mis hijos y la invité. Al ver cómo estaban juntos nuestros amigos —y no hacíamos nada de especial: unos jugaban con los niños, otros charlaban preguntándose cómo iba todo, cosas que a nosotros nos parecen normalísimas y que damos por descontado, pero que no son en absoluto obvias—, al ver mi alegría y la de mi marido en una situación que no siempre es fácil, me dijo conmovida: «Todo esto no es posible. Aquí sucede algo extraordinario».

Gracias. ¿Os dais cuenta? Cuando uno acepta dejarse educar, suceden estas cosas: podemos mirar la realidad de la enfermedad con esta mirada, hasta el punto de despertar el asombro de esa mujer. ¿Qué hace posible esta certeza? El camino que se ha recorrido. Dejarse introducir constantemente en una mirada nueva: «Es Jesús el que me ha concedido la gracia de la fe, pero es un camino». Al pertenecer al movimiento, «el lugar en el que se me educa para profundizar en mi relación con Él», Jesús plasma su corazón de tal modo «que me da alegría incluso en la dificultad más inimaginable», hasta el punto de que se le nota en la cara. Es verdad que no eres tú la que “haces”, porque es el resultado de algo que Él plasma, pero ese ser plasmada es el fruto de un camino para el que estás disponible gracias al seguimiento.

Al trabajar este año en la universidad he tenido la suerte de ir a los Ejercicios de los universitarios. Ver por segunda vez (después de los Ejercicios de la Fraternidad) el vídeo Reconocer a Cristo ha sido un impacto muy fuerte, y me he conmovido. En este último mes hemos trabajado mucho el texto Reconocer a Cristo, pero verlo ha sido otra cosa. El sábado pensaba que escuchar hablar así de lo que habían hecho Juan y Andrés después de haberse encontrado con Jesús podría inducir a pensar: «¡Qué fantasía tiene Giussani, qué inventiva!». En cambio, don Giussani había hecho esa misma experiencia, la hacía, hablaba de sí mismo, de su vida, quizá pensando en cómo habría tratado a sus amigos, a sus alumnos; me pareció algo de otro mundo. ¡Qué diferencia hay entre leer y hacer experiencia! Puedo decir que he hecho experiencia de Cristo presente, y he pensado también en muchos textos escritos que circulan, casi con el ansia a veces de tenerlos todos, pero es otra cosa, es otra cosa verlo delante de ti. El sábado se me concedió esto, a otro se le daría otra cosa. Cuando se habla de Cristo como el ideal de la vida, el Gius habla de gratitud. Después de escucharlo de nuevo estoy agradecida porque me ha hecho pensar en mi historia. El domingo en la síntesis hablabas de la preferencia del Señor, de que Dios nos ha elegido, y decías: «Estamos aquí porque nuestra presencia documenta la predilección de Dios que ha vencido todas nuestras resistencias». ¡Qué cierto es esto si pienso en mi historia y en la de mi marido! Y esto me ha conmovido otra vez, porque me ha elegido a mí. Puedo decir que esta verdad entró en mi vida hace años, es una certeza conquistada. Un amigo nuestro diría: «Es como la línea del Piave: ha sido conquistada, y no se hable más». Y aun estando agradecida por ello, el paso a la gratuidad pura de la que hablas a veces es difícil, incluso con los afectos más queridos, en los que existe la sombra y el chantaje de obtener algo a cambio, existe el deseo bueno de una satisfacción. Me siento un poco bloqueada, casi me regodeo un poco en la desilusión. Pero entonces, ¿no es verdad que estoy agradecida? Y sin embargo lo estoy. Volví de Rímini llena, pero la primera desilusión cotidiana me tumbó. A este respecto, ¿podrías explicar mejor qué quiere decir la frase de Giussani: «no fue ayer, es hoy, y no es hoy solo para mí, sino que es hoy también para ti, sea cual sea la postura que tengas: ¡Cámbiala, si la tienes que cambiar!» (L. Giussani, Reconocer a Cristo, en J. Carrón, Una presencia en la mirada, p. 77). Porque se puede entender en sentido un poco moralista, un poco ético, es decir, que tengo que hacer algo, un esfuerzo: debo estar más disponible, debo cambiar mi forma de hacer las cosas. En cambio, pienso que hay mucho más que esto, porque estar

disponible para cambiar no se sostiene mucho tiempo, uno no consigue hacerlo. Entonces, ¿me lo puedes explicar? ¿Tengo acaso que cambiar la forma de mirarme y de tratarme a mí misma?

Para entender esto hasta el fondo es necesario percibir el nexo entre la gratitud y la gratuidad, que es una forma para decir qué es el acontecimiento cristiano, cuál es la naturaleza del acontecimiento cristiano, es decir, la naturaleza de ese acontecimiento que se impone de tal modo, te cambia de tal modo, te llena de tal gratitud que de esta gratitud nace la gratuidad. Es lo que cita Giussani: «Te he amado con amor eterno y he tenido piedad de tu nada» (cf. Jr 31,3). Si no reconocemos esto constantemente es difícil cambiar, porque cualquier acción nuestra sería moralista. Giussani dice que solo si nos damos cuenta de la naturaleza de lo que hace Cristo con nosotros, solo si le miramos continuamente, dominados por la conmoción, podremos luego actuar como Él, ser capaces de esta gratuidad. Que es fruto de la presencia de Cristo, que es el cambio que Cristo provoca en nosotros. Por eso el Papa ha convocado este Año Santo de la Misericordia, como si nos dijera: mirad a Cristo, porque si no miráis a Cristo no podéis tener misericordia, no podéis tener gratitud, ni la capacidad para abrazar, para perdonar, para dar testimonio de la diferencia que Cristo ha introducido en el mundo. El cambio no es moralismo, sino la expresión de estar cada vez más impregnados de Cristo. Un universitario me escribe que nada más llegar a los Ejercicios se disgustó porque le habían puesto en la habitación con una persona que le caía fatal. Y entonces «empecé a abrirme a esta posibilidad: ¿y si este tipo no fuese solo su límite? ¿Y si a través de esto el Señor no me estuviese boicoteando, sino que me estuviese pidiendo cambiar y aprender a mirar al otro simplemente por el hecho de que existe? En aquel momento mi posición cambió radicalmente [no es un moralismo, sino la posibilidad de una novedad]. Tenía curiosidad y deseaba verificar esa hipótesis [aparece una forma nueva de entrar en relación con todo]. A la mañana siguiente vimos el vídeo *Reconocer a Cristo*, en donde Giussani afirma con una gran intensidad: “Digo solamente que este acontecimiento o esta presencia es una presencia actual, ¡de hoy! Ese flujo humano del que hemos hablado lo llevo yo hoy a tu vida. No hay nada más que Dios, solo Dios, ayer, hoy y siempre. Un acontecimiento grande, decía Kierkegaard, únicamente puede ser *presente*, porque lo que nos puede cambiar no es algo pasado, no es un muerto. Si algo nos cambia, es que está presente: ‘Está, porque cambia’ ” (pp. 77-78) [si separamos la gratitud de la gratuidad, la gratitud se convierte en pasado; en cambio es un presente, y se reconoce que está presente porque cambia]. Escuchar estas palabras me iluminó y me conmovió, porque me hizo decir: si yo he podido cambiar mi posición ante este tipo, es porque Cristo ha sucedido. Él me ha cambiado, me cambia, y por tanto está presente [los cristianos de los primeros siglos decían: como el cambio que se ha producido es tan potente, solo puede ser obra del Espíritu Santo]. Al volver a casa me he dado cuenta de la potencia que tiene esto: si Cristo está presente, tiene que ver con todo, todo es ocasión de relación con Él. Entonces, en vez de ser duro con mi hermana, como habitualmente hago, me he descubierto más disponible y tierno [¡gratuito!] y frente a su límite me he dicho: si Cristo te ama tal como eres, hermana, también yo quiero hacer lo mismo. Sin embargo, me doy cuenta de que esta nueva mirada de la que participan mis ojos no es obvia en absoluto. Yo no soy capaz de mirar las cosas con los ojos de Cristo

[por eso muchas veces decae todo en moralismo: ¡porque no miramos bien!]. Ha caído en mis manos la carta pastoral de Scola *Educarse en el pensamiento de Cristo*, en la que pone [citando el famoso texto de la *Carta a los Romanos*, capítulo doce, en donde invita a ofrecer el cuerpo como culto espiritual]: “Constatamos cada día que este ‘culto espiritual’, es decir, el ofrecimiento de nuestra vida en Cristo, con Cristo y para Cristo, no es automático. Por eso Pablo, con profundo realismo, exhorta a los cristianos que están en el mundo [...] a no dejar que sea el ‘mundo’ el que conforme su ‘esquema’. No podemos conformarnos con el mundo cuando propone esquemas destructivos con relación a las personas, a la familia humana y a la misma creación. Estos esquemas provienen, como el evangelio paulino ha mostrado, del enigma originario del pecado del hombre, de su corazón herido y perdido que permanece expuesto a la seducción de la afirmación de sí mismo en detrimento de todo y de todos. Secundar el encuentro con Cristo, empezar a seguirle, implica una conversión permanente (*metanoia*), es decir, un cambio de mentalidad para asumir cada vez más la persona y la existencia de Cristo como criterio del propio pensar y obrar. [...] Toda la experiencia de la vida humana, en sus distintas dimensiones, entra en la misma esfera litúrgica adquiriendo una dignidad extraordinaria”. Es verdad. Esta mirada no es en absoluto automática. Y no porque Cristo no esté presente, sino porque yo soy pecador y no consigo mirar bien, veo solo por el agujero de la herida. Necesito, como hicieron Juan y Andrés, ponerme con humildad a seguir a Jesús, buscando esa conversión permanente. A medida que pasan los días me doy cuenta de que la experiencia del movimiento incide en la raíz más profunda de mi ser. Incluso cuando estoy distraído o cegado por mil cosas, tengo la posibilidad de volver a partir de este juicio: Cristo está presente y todo es suyo». Esta es la forma nueva de mirar en la que Cristo nos introduce, que nos permite mirar todo de forma distinta y que hace que todo sea de nuevo amable, porque lo descubrimos en su verdad. No es que Cristo vea solo nuestros problemas, nuestro mal, y a pesar de todo se tape la nariz y nos diga: «Te quiero». ¡Cristo ve lo que nosotros no vemos! Y por eso, si no somos introducidos en la mirada de Cristo, en el pensamiento de Cristo, es difícil que vivamos esta novedad en la relación con todos. La Navidad es una ocasión estupenda para poder participar, con la petición, en este evento en el que podemos reconocer Su presencia; introducidos en este modo nuevo de mirar, empezaremos a ver cosas que ahora no vemos, que no reconocemos, que pasan delante de nosotros sin que nos demos cuenta. Y justamente ahí, en las muchas cosas que damos por descontadas, está la presencia de Cristo. Pero nosotros no lo vemos a causa de nuestra mirada reducida, porque no nos han educado para mirar las cosas con los ojos de Cristo. Porque para explicar muchas de las cosas que nos decimos hace falta que el Verbo se haya hecho carne y habite entre nosotros.

La próxima Escuela de comunidad tendrá lugar el miércoles 20 de enero a las 21 horas. Retomaremos de nuevo la lección de don Giussani *Reconocer a Cristo*. Que este texto nos acompañe en este tiempo de Navidad, para poderlo vivir en compañía de don Giussani.

Cartel de Navidad. Como habéis visto, este año ha sido una sorpresa la imagen, el cuadro de Kandinsky. Ciertamente, es mucho más fácil mirar una imagen clásica con la Virgen, el Niño, etc., y quedarse en la primera reacción sentimental o en la impresión visual que nos hace decir: «Me gusta más» o «me gusta menos», sabiendo ya o creyendo que sabemos lo que encierra esa imagen. Esta vez, en cambio, estamos llamados a preguntarnos, a que nos cueste más, a preguntarnos: «¿Qué es lo que ves». Y luego: «¿Por qué ves lo que ves?». Si uno hace esta pregunta, encuentra la respuesta, que nunca es unívoca, porque el arte no es como las matemáticas, sino que exige el encuentro de dos libertades. El hecho de que uno se bloquee ante una imagen como esta dice que no estamos acostumbrados a esta dinámica, y no solo frente al arte, sino frente a la vida, a las circunstancias. ¡A veces son los niños los que explican el cartel a los padres! Entonces, la elección de esta imagen está por completo dentro del camino que estamos haciendo, con el corazón en tensión por ver lo que el Señor nos está diciendo a través de las circunstancias de la vida. Incluso en la elección de una imagen puede haber una indicación de método que vale para todo. Y que puede cambiar incluso el modo con el que proponemos el cartel de Navidad, como ocasión para compartir una pregunta. En *Tracce* de diciembre podéis leer esta sugerencia: «Este dibujo [...] resalta de forma clara y pura una dinámica plenamente real y humana. Esta dinámica es la atracción que ejerce sobre la línea (nuestra vida) un punto (el otro, el huésped inesperado). Algo que, por muy desmaterializado que esté en la representación de Kandinsky, produce, como él mismo había escrito, “una vibración del corazón”. Y tal vez las curvas que acompañan la trayectoria podrían ser leídas justamente como la representación de esta vibración». Es un intento irónico. Tal vez una imagen clásica sería más cómoda. No sé si más incidente, pero al menos más cómoda.

Es una ayuda para mirar ahí, a ese “punto” decisivo, atractivo para cada uno de nosotros, como también el Papa y don Giussani nos dicen en las dos frases que hemos elegido. El Cartel no es solo una imagen que va sola.

Os recuerdo un gesto importante de caridad que proponemos en este periodo: las Tiendas AVSI, que este año se realizan en favor de los refugiados.

En estos meses hemos indicado como Libro del mes el texto *La bellezza disarmata* (editado por Rizzoli); lo será durante algunos meses, para daros la posibilidad de terminar su lectura.

Con la apertura de la Puerta Santa ha comenzado el Jubileo de la Misericordia. No nos preocupemos solo de qué gesto vamos a hacer. Sería erróneo reducir el Año de la Misericordia a algún gesto que podemos hacer juntos. El papa Francisco nos invita a una conversión del corazón. Sería una lástima perder esta ocasión, porque tenemos necesidad de la misericordia; y este año puede ser una oportunidad única para aprender qué es la misericordia que todos necesitamos tanto. ¿Quién mejor que don Giussani nos lo ha enseñado? Como ya hemos empezado a decir hoy, pensemos en cómo habla del «sí de Pedro» en *Reconocer a Cristo*.

Precisamente por el valioso contenido de esta lección hemos pensado hacer que esté disponible para todos en un DVD que se adjuntará con la revista *Huellas* del mes de febrero, con ocasión del XI aniversario de la muerte de don Giussani.

Haremos también con este motivo una venta extraordinaria de la revista en un fin de semana de febrero. Hay que reservar los ejemplares de la revista antes del 15 de enero de 2016.

¡Feliz Navidad a todos!

Veni Sancte Spiritus